

ASESINATO IMPERIAL

PAUL DOHERTY

Título original: *Murder Imperial*
Editado en Reino Unido por Headline Publishing Group
338 Euston Road
London NW1 3BH

Primera edición: febrero, 2010

© Paul Doherty, 2003
www.pauldoherty.com
© traducción: Juan Miguel Lobo, 2010
© de esta edición: Bóveda, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-936684-7-1
Depósito legal: M- 2009
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PERSONAJES PRINCIPALES	11
INTRODUCCIÓN	15
PRÓLOGO	19
CAPÍTULO 1.....	25
CAPÍTULO 2.....	47
CAPÍTULO 3.....	69
CAPÍTULO 4.....	93
CAPÍTULO 5.....	115
CAPÍTULO 6.....	139
CAPÍTULO 7.....	161
CAPÍTULO 8.....	185
CAPÍTULO 9.....	209
CAPÍTULO 10.....	233
CAPÍTULO 11.....	253
CAPÍTULO 12.....	275
CAPÍTULO 13.....	299
CAPÍTULO 14.....	323

*Dedicado a la memoria de Michael Akos,
miembro de las Fuerzas Aéreas de los
Estados Unidos de América, muerto en
agosto de 2002*

PERSONAJES PRINCIPALES

EMPERADORES

DIOCLECIANO: Anterior emperador, ahora retirado.

MAJENCIO: Anterior emperador de Occidente, derrotado y muerto por Constantino en el Puente Milviano.

CONSTANTINO: Nuevo emperador de Occidente.

ELENA: Madre de Constantino, emperatriz y Augusta.

LICINIO: Emperador de Oriente.

OFICIALES DEL IMPERIO

ANASTASIO: Sacerdote cristiano y escribano al servicio de Elena.

BESSUS: Chambelán imperial.

BURRUS: Guardia personal de Elena.

CRISO: Cabecilla de los agentes de Constantino.

SEVERIO: Primer ministro de Majencio.

RUFINO: Banquero mercante, amigo personal de Constantino.

LA IGLESIA CRISTIANA

MILICIADES: Papa, obispo de Roma.

SILVESTRE: Asistente de Miliciades, principal sacerdote de la comunidad cristiana en Roma.

LAS CORTESANAS

DOMATILLA

SABINA

LOS ACTORES

ZOSINAS

PARIS

IOLO

EN LA TABERNA «LA BURRA»

POLIBIO: el propietario.

POPEA: su concubina.

OCÉANO

GRANIO

JANUARIA

FAUSTINA

CLAUDIA: sobrina de Polibio.

MURANO: gladiador.

INTRODUCCIÓN

Según narran los Evangelios, durante el juicio de Cristo, Pilatos quiso liberar a un prisionero. Cambió de opinión bajo la amenaza de que podría perder el favor del César. Según algunas opiniones, Pilatos reconoció la amenaza. Cada gobernador romano se sometía al estrecho escrutinio de los agentes secretos del emperador, los *Agentes in Rebus*; literalmente, «los que hacían las cosas». El imperio romano contaba con una fuerza policial, de carácter tanto militar como civil, aunque con marcadas diferencias entre las distintas regiones. En cualquier caso, sería inexacto afirmar que el imperio recurriese a una figura parecida a un detective, o al actual Departamento de Investigación Criminal. En lugar de eso, el emperador y sus principales políticos pagaban grandes sumas a una legión de informadores y espías. Frecuentemente, éstos eran difíciles de controlar, como en cierta ocasión comentó irónicamente Walsingham, el espía principal de Isabel I: «No estaba completamente seguro de para quién trabajaban sus hombres, para él o para la oposición».

Los *Agentes in Rebus* eran una especie aparte entre esta horda de recolectores de chismes, contadores de historias y, en ocasiones, informadores extremadamente peligrosos. El emperador los utilizaba, y su testimonio podía dar al traste con una prometedor carrera. Esto se aplicaba fielmente al sangriento periodo bizantino, al comienzo del siglo cuarto de Nuestro Señor.

El emperador Diocleciano había dividido el imperio en dos mitades, la oriental y la occidental. Cada división contaba con su propio emperador, y, un gobernador, que recibía el título de César. El imperio se resentía por las dificultades económicas y las constantes incursiones de las tribus bárbaras. Su religión oficial se veía amenazada por la floreciente religión cristiana, que hacía sentir su presencia en todas las provincias y en todos los estratos sociales.

En el año 312 AD, un joven general, Constantino, con el apoyo de su madre, Elena, mujer nacida en Britania, que coqueteaba ya con la iglesia cristiana, centró sus miras en el imperio de occidente. Desfiló hacia el sur de Italia para enfrentarse con su rival en el Puente Milviano. Según el relato de Eusebio, biógrafo de Constantino, el aspirante a emperador tuvo una visión de la cruz bajo las palabras *In hoc signo Vincas* («Con esta señal, conquistarás»). Como continúa la historia, Constantino instó a sus tropas a que adoptaran el símbolo cristiano, y consiguieron una aplastante victoria. Derrotó y dio muerte a Majencio y desfiló triunfalmente hasta Roma. Constantino era ahora el nuevo emperador de Occidente, y su único rival era Licinio, que gobernaba el imperio oriental. Fuertemente influenciado por su madre, Constantino tomó las

riendas del gobierno y comenzó a negociar con la iglesia católica, dando así fin a siglos de persecución. Sin embargo, las intrigas y asesinatos seguían estando a la orden del día. Había multitud de asuntos pendientes en Roma, y los *Agentes in Rebus* tenían las arcas repletas...

PRÓLOGO

«De un solo crimen asimilamos la naturaleza
de todos los demás».

Virgilio, *Eneida*, II.65

ROMA: OTOÑO, AD 311

El Tíber se retorció como una serpiente a lo largo de su curso, revolviéndose para sortear los templos, los apretados suburbios, los atestados muelles y los jardines de los patricios. Aunque la noche ya se dejaba sentir, el Tíber seguía creciendo y menguando como siempre lo había hecho, pacíficamente al fin, despojado de los cadáveres que habían poblado sus aguas durante días, tras el sofocamiento de la última conspiración. El Tíber estaba acostumbrado a tales horrores: el derramamiento de sangre, la consecuencia habitual de una proscripción masiva, terribles asesinatos y muerte. A lo largo de sus orillas, multitud de cristianos habían sido amarrados a cruces, cubiertos de aceite, y usados como antorchas humanas, para señalar el camino de los navegantes. Todo aquello pertenecía ahora al pasado. La estatua de Nerón sobre la Colina Palatina había desaparecido. Su suntuosa residencia dorada, su palacio de magníficos techos abovedados, que represen-

taban las constelaciones del firmamento. Todo se había evaporado. Una sucesión de tiranos siguió a Nerón, para acabar ahogados en el río de sangre que ellos mismos habían causado.

Las voces proclamaban ahora el resurgimiento de una nueva Roma. Los cristianos ya no merodeaban por las catacumbas, reverenciando los huesos de aquellos que habían perecido en el anfiteatro del Coliseo. Roma entera se regocijaba. Constantino se preparaba para marchar hacia el sur y el usurpador Majencio preparaba su ejército para hacerle frente. ¿Y qué importaba? El río Tíber seguía fluyendo. Miles de personas hacían uso de él como una fuente de vida: pescadores, comerciantes, mercaderes y viajeros. En el reflujo de la marea, cuando quedaba al descubierto una densa capa de lógamo y cieno, los pobres de Roma, o los curiosos, patrullaban sus orillas en busca de tesoros ocultos. La muchacha joven y su torpe hermano eran parte de ellos. Venían de una casa respetable o, al menos, así había sido en el pasado. Ahora vivían con su tío Polibio, sedicente empresario, gerente y propietario de la taberna Las Burras. La joven, Claudia, se arropó con la capa que su «querido tío» había birlado a un antiguo huésped procedente de Ostia, y continuó caminando con paso inseguro, hundiendo sus sandalias en el lodo.

—¡Vamos, Félix! —dijo, y después le sonrió.

Félix caminaba sin rumbo fijo, dejando oscilar libremente sus manos a ambos lados. No buscaba tesoros, sino conchas, las reliquias de una vida pasada en el río. La joven retrocedió hasta él y lo zarandeó con suavidad. El chi-

co elevó la cabeza para mostrar unos labios flácidos y unos ojos vacíos. Reconoció la cara de su hermana entre la pálida luz y consiguió descifrar las señales que ésta le hacía con sus dedos.

«Debes continuar», decía el mensaje, «debes mantenerte cerca de mí. Te he traído aquí porque tú querías venir».

La joven se detuvo a escuchar los sonidos de la ciudad. Mañana debía entretener a los huéspedes de su tío con un recitado público de las fábulas de Esopo. Claudia se giró, Félix la seguía a la distancia, trotando como un cachorro. Estaban tan embebidos en su tarea que se sobresaltaron ante el hombre que salió de entre las sombras de un muelle desierto. Claudia no conseguía reconocer su cara, aunque llevaba una lujosa toga y vistosas sandalias. El cáliz que llevaba tatuado en la muñeca izquierda captó su atención.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó—. ¿Qué tenemos aquí?

La agarró por los hombros y Claudia se resistió. Estaba acostumbrada a tales atenciones por parte de los borrachos, pero el miedo la atenazaba ahora. El hombre era más fuerte de lo que había pensado. Félix llegó hasta ellos correteando y agarró la mano del hombre. El extraño lo lanzó al suelo de un manotazo. Claudia lanzó un grito, que no obtuvo respuesta. Esta zona del Tíber estaba próxima a la Cloaca Máxima, donde los colectores de la ciudad descargaban el hediondo contenido de letrinas y pozos sépticos. Félix se acercó de nuevo, con la boca abierta, como si tratase de gritar. Claudia trató de prevenirle. Su

asaltante se movió como una víbora. La navaja que llevaba en la mano brilló a la luz de la luna y, de un rápido corte, seccionó el cuello del joven. Félix se desplomó como una piedra. Claudia se arrodilló junto a él, gritando desconsoladamente, las lágrimas resbalaban por su rostro. Escuchó un chapoteo en el barro. La muerte de Félix no iba a ser ningún obstáculo: su asaltante estaba sobre ella, la navaja se movía con rapidez.

ROMA: OTOÑO, AD 311

Era bastante bella. Sobre la melena rubia lucía una diadema. Llevaba perlas por pendientes, un collar de piedras preciosas rodeaba su delgado cuello, suspendido entre unos pechos turgentes. El aro que rodeaba su tobillo era de plata, la túnica estaba astutamente teñida de un tono púrpura. Su cadáver yacía bajo los chopos negros de los Jardines de Salustio. Sus bonitos ojos permanecían cerrados, la boca voluptuosa manchada de sangre. Las marcas que se apreciaban sobre el cuello estaban aún frescas. Unos crueles verdugones rojos evidenciaban cómo se le había arrebatado la vida. El asaltante se arrodilló y comprobó el pulso en el cuello de la joven y luego, bajo la seda, buscó el latido del corazón. Todo estaba en calma. La carne comenzaba a enfriarse. Giró la cabeza de la cortesana y apartó suavemente de su cara los mechones rubios. El atacante, de oscuro atuendo, esgrimió la navaja con crueldad y grabó la cruz sangrienta; primero, en la frente, y después, en ambas mejillas.

CAPÍTULO 1

«Una serpiente acecha en la hierba».

Virgilio, *Églogas*, III.64

Roma: Primavera, AD 313

EN EL MATADERO DE LA DOMUS JULIA, EN LA COLINA Palatina, la espía Claudia permanecía sentada en un incómodo taburete y miraba impasible al hombre de la túnica blanca con rayas rojas, que la escrutaba atentamente desde otra banquetta. Claudia reprimió todas sus emociones; el miedo o la pena no conseguirían nada en esta situación. El matadero era un lugar frío, donde reinaba una gélida quietud. Bajó la mirada, para evitar los ojos del hombre. El suelo estaba aún cubierto de serrín empapado en sangre. Se preguntaba si procedería de las reses que colgaban de los garfios de hierro, o del cuerpo de la joven a la que habían cortado el cuello y a la que, posteriormente, habían colgado de uno de aquellos ganchos.

Claudia se frotó los brazos. Afuera escuchaba los murmullos de palacio, los gritos distantes de los guardias entre la brisa de media noche. Había considerado la posibilidad de salir huyendo, ¿pero hacia dónde? Era solo cuestión de tiempo que los sabuesos del César le dieran

caza. Se sentía a la vez intrigada y asustada. Había estado muy atareada en la cocina, fregando las planchas de despiece, cuando Anastasio, el secretario de la Augusta, vino a buscarla. Llegó con una sonrisa en el rostro, pero la cogió por el codo. Una vez fuera, le hizo unas señas con los dedos, instándole a que le siguiera. La trajo hasta aquí y le pidió que se sentase. Anastasio encendió unos candiles de petróleo y los fue colocando cuidadosamente sobre el suelo, alrededor de ella, como si fuese algún tipo de estatua o lar, una divinidad doméstica a la que, más que temer, se debía honrar y venerar.

Claudia observó el cadáver que colgaba del garfio. Se había sobresaltado al verlo por primera vez, pero consiguió mantener la cabeza fría. Reconoció enseguida a Fortunata; un nombre que, dadas las circunstancias, parecía cuando menos inapropiado. Fortunata era una mesonera, bastante diestra en el llenado de vasos y copas de vino en este u otro banquete. Siempre vestía con una túnica de talle bajo, para regalar a los bebedores una buena panorámica de sus hinchados pechos. Para poco iban a servirle ahora. Su cuerpo se había reducido a un trozo de carne, del que pendían sus pechos como sacos vacíos. Sus atractivas piernas pendían en caprichosa postura, y en su rostro, que mostraba un mortecino tono azulado, destacaban sus ojos saltones y la boca impregnada de sangre...

Claudia apartó la mirada: Anastasio seguía sonriendo pero, por supuesto, los mudos siempre sonreían. Su tez delgada y aceitunada, escondida bajo una maraña de pelo aceitado, parecía no conocer otra expresión distinta; siempre sonreía, con los labios y los ojos, como si Anastasio

creyese que así desarmaría al resto del mundo. Generalmente, lo conseguía.

—¿Me he metido en problemas? —preguntó Claudia—. ¿He hecho algo malo?

Tradujo sus señales a signos. La cara de Anastasio no mostraba reacción alguna.

—Pensaba que Fortunata nos había dejado. Decían las habladoras que la habían transferido al servicio imperial. A las cocinas del Divino Augusto —un acceso de tos la interrumpió—. ¿Por qué estoy aquí? —continuó.

Adelantó uno de sus pies calzados de sandalias, como para iniciar su marcha. Anastasio le hizo señales con las manos.

—Los guardias de afuera —dijo— tienen ordenes de matar a todo aquel que se marche antes de que llegue la Divina Augusta.

Claudia apartó el pie enseguida.

—¡La emperatriz! —exclamó.

Anastasio asintió con la cabeza.

—¿Y qué quiere ella de mí?

Claudia conocía las leyes, incluso para este lugar lúgubre y sangriento. No debía decirse una sola palabra, ni tan siquiera una indicación, sin el permiso de la Divina Augusta.

—He... He sido leal —tartamudeó Claudia.

Anastasio hizo un rápido movimiento con sus manos.

—¡Cállate, desgraciada! ¡No tienes nada de qué preocuparte!

Claudia sonrió aliviada y se acomodó en su asiento. Se giró hacia su izquierda. La pieza de ternera que col-

gaba del gancho parecía haber sido sacrificada hacía ya bastante tiempo; las vetas de grasa tenían color blanquecino, adquiriendo un tono amarillento en los bordes, y la carne nervuda tenía un aspecto compacto y glaseado. Por supuesto, en el palacio real no faltaba de nada. Constantino había hecho su entrada en Roma y todos se habían apresurado a rendirle lealtad. Obsequiaron y agasajaron al general victorioso, que había entrado desfilando en Roma con cruces amarradas a las insignias de sus legiones. Se había extendido largamente por la ciudad la historia de que Constantino, antes de su gran victoria en el Puente Milviano, había tenido una visión del signo cristiano, junto a las palabras *In hoc signo Vinces*, «Con esta señal, conquistarás». La multitud se cuestiona la veracidad de esta historia. ¿Experimentaba visiones el divino Constantino? ¿O era el efecto de tomar demasiado vino, o de uno de sus ataques epilépticos? ¿O, incluso, la influencia de su divina madre, la emperatriz Elena? Quizá fuese la hija de una tabernera, pero ahora era la madre de un emperador de Occidente con una simpatía secreta hacia la fe cristiana. ¿Simpatía o política? Se preguntaba Claudia. La fe proscrita se había convertido en una fuerza poderosa en la ciudad: senadores, banqueros, generales, mercaderes, sin olvidar a la gran masa de ciudadanos ordinarios y esclavos, todos favorecían abiertamente el culto que procedía de las catacumbas. Los templos de Júpiter y Venus podían proclamar su gloria, pero el nuevo orden era el de Cristo y sus seguidores. Convertirse estaba de moda y un general victorioso y, desde luego, su madre, jamás debían pasar por alto las nuevas tendencias.

Claudia escuchó el crujido de la puerta al abrirse, el murmullo de voces y el golpe al volverse a cerrar, junto con el sonido del pestillo al extenderse y el eco de sandalias arrastrándose contra el enlosado. Anastasio se llevó a los labios las yemas de los dedos, como si hubiese olvidado algo; se levantó de su taburete y se perdió en la penumbra, volviendo al poco tiempo con una silla portátil, una simple y rudimentaria silla plegada en cruz y con asiento y respaldo de lona. La mujer que le acompañó hasta el claro de luz se sentó, se reclinó y cruzó las piernas. Llevaba el pelo recogido cuidadosamente en pequeñas ondulaciones, con unos tirabuzones que resbalaban por sus mejillas. Éstos se encontraban casi completamente ocultos tras el pañuelo de seda pura que caía sobre sus hombros, cubriendo la parte superior de la túnica blanca de mangas bordadas en tonos púrpura. No llevaba joyas, a excepción de un anillo en el dedo índice de la mano izquierda. Las sandalias eran muy lujosas, de cuero español, con las puntas y las correas doradas. Tenía el rostro alargado, con mejillas huesudas, unas cejas escrupulosamente depiladas y una nariz pequeña que asomaba sobre unos labios que, según observó Claudia, o bien se ceñían en una delgada y pálida línea, o se abrían carnosos y sensuales. Sus ojos eran oscuros: en cualquier otra mujer, pensó Claudia, parecería que había abusado del vino de Falerno. Centelleaban como si aquella mujer estuviese saboreando alguna broma secreta. Con quien fuera que estuviese hablando pensaría que la risa estaba a punto de brotar de sus labios. Claudia sabía que no era así. Conocía bien a la Divina Augusta. Elena era una mujer que podía representar su papel con

gran encanto. Podía mostrar gran interés hacia la persona con la que estuviese hablando, pero era solo una máscara. Su corazón era duro, y su voluntad, inexorable.

La Divina Augusta examinó a Claudia de pies a cabeza.

—Bien, mi pequeña ratoncita. ¡Qué placer tan inesperado! —de repente, Elena se inclinó hacia delante, apoyando los brazos sobre sus muslos—. ¿No es excitante? ¿Dramático? ¿Por qué crees que he venido a verte?

Claudia señaló el cadáver ensangrentado de Fortunata.

—Vamos, ratoncita, puedes hacerlo mucho mejor.

—Su excelencia, ¿porque este lugar es silencioso?

—Así es —la emperatriz Elena asintió con la cabeza y sonrió, como si elogiase a su chiquilla favorita—. La primera regla de la política, ratoncita: nunca conspires en palacios. Los muros tienen oídos, los suelos, ojos. No puedes ni alterar la corriente de aire sin que alguien se entere. Algunos piensan que las letrinas son un lugar seguro. Más hombres han sido ejecutados por lo que han dicho en letrinas, que por lo que han susurrado en salas consistoriales o alcobas. Por cierto, ¿por qué no te has levantado y postrado ante tu emperatriz?

Claudia señaló a Anastasio, que permanecía sentado, mirándola con una serena sonrisa en los labios.

—Bien, ratoncita —arrulló Elena, dando unas palmadas con las manos—, haz lo que te diga Anastasio —la sonrisa se borró de su rostro—. Exactamente lo que te diga y los grandes gatos no te atraparán, tal como hicieron con la pobre Fortunata.

La emperatriz Elena, la Divina Augusta, se reclinó en la silla. Le encantaba la teatralidad. Era una maestra de las entradas espectaculares, pero solo como distracción. Ahora, sin embargo, estudiaba minuciosamente a la joven que tenía enfrente, agitando sus largas pestañas. Pequeña, pensó, con una piel suave y pálida. Con esa destartalada túnica de mangas cortas que le colgaba a la altura de las rodillas. Sus sandalias eran de calidad, robustas, con los lazos bien atados. No llevaba ornamentos de ningún tipo. A Elena eso le complacía: cuantos menos artificios que atrajesen la atención, mejor. En realidad, a esta jovencita le resultaría muy difícil atraer la mirada de cualquier hombre. Llevaba el pelo corto, como el de una golfilla de los suburbios, apelmazado y sin lavar, aunque eso probablemente respondía a las instrucciones de Anastasio. Tenía un rostro vulgar y mofletudo, con nariz y boca poco atractivas, y unos enormes ojos que centelleaban bajo unas cejas pobladas y desarregladas. Una ratoncita perfecta, pensó Elena. Alguien que podría escurrirse por pasillos y corredores, y escuchar los cuchicheos de los sirvientes y los huéspedes de palacio. Sin embargo, Anastasio había prevenido a Elena de que la mente de Claudia era tan despierta como su ingenio. Hablaba poco y escuchaba mucho. Si el sacerdote se hubiese salido con la suya, la habría enviado a ella, y no a Fortunata, al palacio de su hijo. Los dedos de Elena se cerraron fuertemente sobre el puño. Trató deliberadamente de mostrar irritación, pero Claudia no se inmutó. Se mantuvo sentada, con las manos sobre las rodillas, con la mirada fija en el suelo. Si moviese la nariz, pensó Elena, sería una auténtica ratoncita.

—¿De dónde vienes, Claudia?

—De Roma, excelencia.

Elena echó la cabeza hacia atrás mientras soltaba una sonora carcajada.

—Todas las cosas vienen de Roma, Claudia. Eres la hija de un centurión, ¿no es cierto? Que se retiró y cobró su pensión, pero no vivió lo suficiente para disfrutar de ella, ¿verdad? Su esposa tuvo tres hijos; uno murió en el parto, o eso me dijo Anastasio. Tan solo quedasteis tu hermano y tú. ¿Cuál era su nombre?

—Félix, excelencia.

—Ah sí, Félix; ¿no es cierto que le asaltaron? Le mataron y abusaron de ti. ¿Guardas algún rencor, Claudia?

—Venganza, excelencia; no hay rencor, solo sed de venganza.

—¿Y tu atacante llevaba un cáliz tatuado en la muñeca izquierda? Pero voy demasiado deprisa. Formabais parte de una compañía de actores itinerantes. Tras la muerte de tu padre, tu tío se convirtió en tu guardián. Anastasio dice que eres una buena actriz, una excelente imitadora: con tus pechitos pequeños y tu voz profunda, incluso puedes representar el papel de un hombre, ya sea en las obras de Terencio o en las farsas de Esquilo. Pero tu director era un borracho, ¿no es así? Demasiado vino y muy pocas representaciones. Los banqueros os cerraron sus puertas: el vestuario y el atrezzo son muy costosos, así que debíais vender vuestros servicios —la mano de Elena se movió deprisa para alcanzar la muñeca de Anastasio—. No debería ser sacerdote, Claudia. No puede hablar ni oír; una deformidad visible, como dice la iglesia cristiana,

debería ser un impedimento para el sacerdocio. Además, Anastasio disfruta con el teatro, una actividad prohibida específicamente a los sacerdotes de Cristo. Pero, como ves —dijo con un suspiro—, existe un gran abismo entre Cristo y sus seguidores, ¿no es cierto? En cualquier caso, así es como te encontró Anastasio.

—Me sentí honrada de entrar a tu servicio, Divina Augusta.

—¿Qué servicio? —respondió Elena con brusquedad.

La sonrisa de Anastasio desapareció: Claudia acababa de cometer un error.

—Lo... Lo siento, excelencia —balbuceó—. Aún soy nueva en este papel. Quiero decir...

—No, no —Elena sonrió y extendió los brazos—. Mi pequeña e inteligente ratoncita. Te has aprendido bien tu papel. Es un papel, se trata de actuar. Llevas una máscara sobre el rostro. Yo llevo una máscara. Anastasio lleva una máscara. Los bravucones, los generales, los orondos senadores, los banqueros de ágiles dedos, todos llevan una máscara. Cuando beben, cuando yacen codo con codo, desmadejados sobre sus divanes, y el vino comienza a fluir, la máscara se desprende y comienzan a hablar. *In vino veritas*: el vino conforta el corazón y suelta la lengua, Claudia, y así es como mis ratoncitas obtienen sus pequeños manjares —Elena jugaba con las borlas de su chal mientras hablaba—. ¿Sabes por qué te llamo ratoncita, Claudia? Ya sé que no es muy halagador, pero la gente nunca nota que estás ahí. No eres como la mosca, que revolotea sobre la comida; o la abeja, cuyo

zumbido retumba con claridad en tus oídos. No, tú te deslizas con suavidad y desapareces, correteas de aquí para allá. ¿Recuerdas hace dos semanas? ¿La rolliza Valeria, la mujer del mercader de cereales? Trajiste una bandeja de copas de las cocinas. Te hice avisar deliberadamente. Hice que permanecieras junto a la puerta durante un rato. Dejé caer una de mis horquillas del pelo e hice que la recogieras.

Claudia asintió con la cabeza.

—Y cuando te fuiste, ¿sabes lo que le pregunté a la rolliza Valeria? —Elena cubrió con los dedos la risilla que asomaba a través de sus labios—. Le dije: «¿Puedes describirme a la sirvienta que acaba de estar aquí?». ¿Sabes?, ni siquiera se había percatado de que habías estado allí.

Claudia giró la cabeza a un lado; no mostró el más mínimo signo de vergüenza.

—Me pregunto qué estará pasando por esa cabecita tuya —añadió Elena con cierta malicia—. Vamos, ¡deja de mirar a la pobre Fortunata! —dijo bruscamente—. Está muerta. Roma está repleta de cadáveres. Nadie la echará de menos. Era una necia. Fracasó. ¿Me fallarás tú, Claudia?

—Soy la más humilde servidora de su excelencia.

Elena observó aquellos ojos y sintió un escalofrío de aprensión. Estaba acostumbrada a los espías. Ella misma lo había sido. Pero esta jovencita...

—Anastasio te tiene en gran consideración —susurró Elena—. De todos mis ratones, dice que eres la mejor. Y no lo digas —añadió con voz entrecortada—. Yo lo diré por ti.

Anastasio levantó las manos y gesticuló con los dedos.

—¿Qué te está diciendo? —gruñó Elena—. Algunos de sus símbolos los conozco, otros no.

—Me dice que tenga cuidado —respondió Claudia.

—Ah, sí, él también debería tenerlo —la emperadora abrió la palma de su mano derecha y olisqueó la pequeña bolsita de perfume que llevaba—. Es extraño, ¿verdad? —se preguntó—. La sangre tiene un penetrante olor metálico. Este lugar me recuerda al anfiteatro. El anfiteatro representa la vida, ¿no es cierto, Claudia? Ganadores y perdedores. Espectadores a los que nada de aquello importa, los ricos, los poderosos, los pobres y los lisiados. Cada uno asiste para observar algo distinto. Supongo que los miserables acuden para observar cómo alguien, aún más miserable, sufre ante el filo de una espada. ¿Sabes para qué acude la rolliza Valeria? ¡Aquello le excita! ¡Como si la muy estúpida estuviese en la cama con el gladiador! Los muchachos la agasajan y se aprovechan de sus favores, a ella le entusiasma. ¿A ti te entusiasma alguien de vez en cuando, Claudia?

La joven le devolvió la mirada con frialdad.

—No, supongo que no —añadió secamente Elena—. ¿Eres cristiana, Claudia?

Una sacudida de la cabeza respondió su pregunta. Elena entornó los ojos.

—No crees en nada, ¿verdad? Dioses y diosas, grandes y gordos que muestran sus pezones y levantan las piernas. Solo hay un dios en Roma, Claudia —continuó Elena—. Es mi hijo, el divino Constantino.

Anastasio sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

—¡No te enfurruñes, sacerdote! —dijo bruscamente la emperatriz—. Lo sabes todo sobre Constantino, ¿no es cierto? Tu Augusto emperador.

Claudia recordó las órdenes de Anastasio: quédate inmóvil, permanece tranquila, no comentes nada sin que te pregunten.

—York queda muy lejos —continuó Elena con tono soñador—. Tantos emperadores. Ahora solo hay dos: Constantino en el oeste —levantó la mano que sujetaba la bolsita perfumada—. Derrotó a su rival Majencio en la batalla del Puente Milviano, y desfiló hasta Roma con la cabeza de ese tirano clavada en una estaca. En el este, el emperador Licinio. Bueno, voy a contarte ahora para qué te he citado aquí. Hay dos razones. Primero, mi hijo pretende convertirse en el único emperador. Desde luego, le juraré amistad eterna, pero en cuanto Licinio cometa un error, Constantino marchará hacia el este, le presentará batalla, aniquilará su ejército y lo matará. Si Licinio tiene un poco de cerebro, intentará hacer lo mismo con mi hijo. Se sonreirán y se darán el beso de la paz, cada uno llamará al otro hermano y firmarán el más maravilloso de los tratados de paz —Elena agachó la cabeza—. Pero volvemos al anfiteatro, Claudia. Uno de ellos debe morir. Debe ser Licinio. Para tal fin, mi hijo pretende revocar todos los edictos en contra de la fe cristiana.

—Una buena parte de Roma es cristiana, al igual que la mayoría de los oficiales del ejército; al menos, lo son en secreto. ¿Por qué? ¿Porque Constantino dice haber tenido

una visión? No quiero hacer comentarios sobre eso, pero él necesita a los cristianos. Ellos son la segunda razón por la que hablo hoy contigo. Tenemos dos imperios en Roma. Tenemos las columnas de Trajano, el arco triunfal de Tito, el Coliseo, el Foro, pero bajo la ciudad discurren las catacumbas, excavadas por los cristianos para enterrar a sus muertos y para celebrar clandestinamente sus ritos. ¡Observa bien nuestra ciudad! Los monumentos comienzan a decaer, pero la vida en las catacumbas se muestra más vigorosa que nunca. Así está sucediendo a lo largo de todo el imperio. En realidad, poco me importa si hace trescientos años, un judío llamado Cristo, se levantó de entre los muertos tras permanecer tres días clavado en la cruz. Lo que realmente me importa, al igual que a Constantino, es que la cristiandad se ha convertido en un segundo imperio —Elena hizo unos extraños aspavientos con las manos—. Permanece en la sombra, retorciéndose y girando, como esas estrechas galerías de las catacumbas. ¿De qué estoy hablando en realidad, ratoncita? Vamos, tienes mi permiso para hablar.

Claudia miró a Anastasio, que asintió imperceptiblemente.

—Si Constantino —comenzó a decir Claudia suavemente— llegase a un acuerdo con la iglesia cristiana...

—Muy bien —susurró Elena—. «Acuerdo», me gusta esa palabra. No sabía que estabas tan bien educada. Hay muchas cosas de ti, Claudia, que me gustaría conocer. Pero continúa.

—Tu hijo, el divino emperador, no solo uniría el imperio de Occidente, sino que marcaría el camino hacia el imperio de Oriente de Licinio. Licinio se sigue mostrando

hostil hacia la cristiandad —continuó Claudia—, pero la iglesia tiene mucha fuerza en Asia.

—Muy bien —dijo Elena mientras aplaudía—. Puedo comprobar que has estado hablando con Anastasio. Constantino se abrirá paso a través del edificio que ha ido construyendo Licinio. Mientras ese necio termina de rematar y pintar las plantas superiores, Constantino se afanará en debilitar las bóvedas de los cimientos. Mi hijo mantendrá correspondencia con los patriarcas de la iglesia cristiana en Asia; mientras tanto, palmeará suavemente las espaldas de los oficiales del ejército de Licinio que muestren simpatía hacia la nueva fe —Elena suspiró profundamente—. Pero eso requiere tiempo. Mientras tanto, tenemos enemigos en Roma, y los enemigos se vigilan entre sí constantemente. Es como la rolliza Valeria. Se presenta ante mí, agasajándome y halagándome, pero ¿crees que le place hacer una reverencia y besar la mano de la hija de un tabernero de York? —dijo con una risilla burlona—. ¡No! ¡No! Le encantaría ver rodar mi cabeza por los escalones del cadalso; y así, volvemos al argumento de que todos portamos una máscara: incluso el Divino Augusto. Se sienta, come, bebe y alterna con prostitutas junto a hombres que, hace seis meses, habrían pagado una fortuna por ver su cabeza expuesta públicamente en la plaza del mercado. Por eso, recurrimos a informadores: los Especuladores. Se dedican a escuchar habladurías —dijo, agitando un dedo—. A recopilar cotilleos. Sin embargo, el aspecto terrible de estos informadores, Claudia, es que tienen en su poder un bien muypreciado: la información que recogen. Son como los buhoneros del mercado. Están siempre dispuestos a

venderla al mejor postor. Peor aún, si no encuentran información, se la inventan. Terminarán diciéndote lo que quieras escuchar. Tú no eres una informadora, ¿no es cierto, Claudia?

—Soy la más humilde servidora de su excelencia.

—No, no, ¿qué eres en realidad?

—Soy miembro de los *Agentes in Rebus Politicis*...

—¿Y qué significa eso, Claudia?

—Soy una espía. Tu espía, excelencia.

—¿Y quién es tu maestro, tu señor?

Claudia señaló a Anastasio, que permanecía sentado, con los ojos cerrados, inmóvil como una estatua sobre su pedestal.

—¡Bien! —exclamó Elena—. Mis agentes no le dicen a nadie quienes son. No tienen amigos, ni compañeros de confianza. No pueden confiar en nadie, pues nunca saben con quién están hablando en realidad. ¿Es realmente un sirviente ese zoque de medio sordo de la cocina encargado de la limpieza de los retretes? Hay miles de ellos en Roma. ¿O será, quizá, un informador? Hay tantos como hormigas en un hormiguero. ¿O un espía? Y si fuera esto último, ¿trabaja para mí, para mi hijo, para uno de los grandes patricios de Roma, o para la policía? ¿O incluso, Dios no lo quiera, para la rolliza Valeria? Es una vida solitaria, ¿no es cierto, Claudia? Jamás debes decir a nadie quién eres en realidad, exceptuándome a mí, o a Anastasio. Para el resto del mundo eres una sirvienta, sobrina de Polibio, el dueño de la taberna Las Burras, en los suburbios cercanos a la Puerta Flavia. Ah, por cierto, he oído que está metido en problemas —dijo Elena sonriendo.

Por primera vez, Claudia dejó caer su máscara.

—No son problemas políticos. Está demasiado preocupado por sus ganancias. ¿Conoces a Ario?

—Es un mercader de vino —respondió Claudia—. Un mísero avaro. Se marcha a sus granjas y viñedos y, cuando recoge sus beneficios, siempre se aloja en Las Burras.

—Bien, pues está muerto —comentó Elena. He leído el informe del prefecto de policía. Le cortaron el cuello en la taberna de tu tío, y sus asaltantes le vaciaron hasta la última pieza de plata que llevaba.

—¿Mi tío está entre los sospechosos?

—No, pero tiene que dar muchas explicaciones. Nos ocuparemos de él más tarde. Le quieres, ¿no es cierto, Claudia?

—Es un buen hombre, excelencia. Cuidó de mí y de mi hermano. A veces se emborracha, y puede ser demasiado ligero con sus puños...

—¿Un hombre generoso? —sonrió Elena—. Vamos, no te preocupes, Claudia. Tenemos mucho en común. Mi padre también era tabernero —Elena reclinó la cabeza y observó el techo, embadurnado por el humo de las lámparas de aceite—. Está empezando a hacer frío aquí —murmuró—. Le he dicho a mis damas que me apetecía dar un paseo —le dio una cariñosa palmada en la rodilla a Anastasio—. Pero no te preocupes, he puesto en guardia a ese corta-cuellos, Burrus, y estará alerta ante posibles fisgones —se volvió para mirar de nuevo a Claudia—. ¿No se ha preguntado nunca tu tío por qué una niña bien educada como tú —dijo, imitando la voz de Claudia— trabaja de sirvienta?

—En realidad no le importa, excelencia —respondió Claudia—. Después de todo, algún día podría casarme con algún afamado general y convertirme en la madre de un emperador.

Elena aplaudió y se balanceó adelante y atrás entre carcajadas.

—Es cierto, es cierto —dijo, mientras secaba las lágrimas de sus ojos—. Lo mejor que podemos hacer las mujeres, Claudia, es tumbarnos sobre nuestras espaldas, ¿no es cierto? No podría recordar el número de techos que he contemplado en mi vida —el rostro de Elena adoptó un gesto serio—. Pero valió la pena. Constantino es el emperador. Y ahora, volvamos a la pobre Fortunata. Mi hijo ha arrasado en Roma. Es el Augusto, proclamado por el senado, el pueblo y el ejército. No obstante, es un necio si piensa que es el señor de todos. Es cierto, no le pueden atacar. Está demasiado bien protegido, y el ejército le adora. Sin embargo, pueden debilitarle. Mi hijo ha protagonizado una dura campaña. Es demasiado astuto... ¿cómo explicarlo?... para dejarse embaucar por los encantos de las matronas romanas y de sus hijas —la Augusta se examinó las uñas—. No quiere ofender a nadie. Al contrario, ha disfrutado de la compañía de algunas de las principales cortesanas de la ciudad. A tres de ellas las han encontrado estranguladas —se hizo una señal en la frente—. Sus cuerpos se descubrieron en distintos lugares: uno en su habitación, otro en el atrio de una casa, tirado en el suelo como un saco de carne, y el tercero, en los Jardines de Salustio. Las tres habían sido estranguladas, y les habían grabado una cruz en la frente y otra en cada mejilla. ¿No ves el peligro de esto, Claudia?

—Roma está plagada de prostitutas, excelencia.

—Es cierto, pero las cortesanas son diferentes. Tienen el mismo rango que una sacerdotisa, incluso que el de una virgen al servicio de la diosa Vesta. También tienen amigos muy poderosos, y no solo debido a sus encantos.

—Sino porque conocen muchos secretos —añadió Claudia.

—Continúa —insistió Elena.

—Su excelencia debe preguntarse por qué han asesinado a tres cortesanas, particularmente, después de ofrecer sus encantos al Divino Augusto —Claudia se detuvo unos instantes para medir cuidadosamente sus palabras—. Podría ser que el mismo emperador las hubiese asesinado, pero eso sería imposible.

—¿Por qué? —preguntó Elena.

—No encuentro una buena razón para ello —respondió Claudia—. Por lo tanto, debe ser obra de algún enemigo. Roma no conoce realmente a Constantino. Constantino no conoce a Roma. Los hombres poderosos van a sentarse a observar. Se preguntarán si las mujeres habían contado ciertos secretos a Constantino que debían ser silenciados. O también, podría ser que sus asesinatos fueran un mero capricho. Roma puede haber visto a muchos emperadores degenerados; solo los dioses saben a cuántos. La gente podría preguntarse si las muertes fueron el resultado de la forma que tiene Constantino de obtener placer, y si las cruces grabadas en sus cuerpos reflejaban su visión: la que dice haber tenido durante la batalla del Puente Milviano.

—¿Cuánta gente —replicó Elena— creería realmente que el emperador está implicado en tales asesinatos?

—Ah sí, excelencia, pero cuanto más protesta éste, más preguntas se hace la gente.

Elena cogió del brazo a Anastasio.

—Tienes razón, Anastasio, es muy aguda. Mi hijo —continuó Elena— se siente más avergonzado que amenazado por esos asesinatos. Le he insistido en que sea cauto, en que no solicite la compañía de esas cortesanas, ¿pero, puedes pedirle a un pájaro que no vuele? Constantino siempre fue un chiquillo muy rebelde. Él es de la opinión de que, aun cuando dejase a un lado sus placeres, las sospechas permanecerían en el aire. Se pregunta si existe alguna otra razón para esas muertes; alguna que ni siquiera nosotras conozcamos.

—¿Han muerto todas las cortesanas que le han visitado? —preguntó Claudia.

Elena sacudió la cabeza.

—No todas, y así llegamos hasta la pobre Fortunata. Ahora está muerta, eso te lo aseguro. Fortunata era una de mis agentes. La introduje en el servicio doméstico de Constantino: como dispensadora de vino de palacio. No descubrió nada nuevo y, de pronto, no supimos más de ella. Ya hemos encontrado la explicación a eso. Uno de los carniceros vino aquí esta tarde. Encontró el cuerpo de Fortunata colgado de uno de los garfios. Di la orden de que lo mantuvieran aquí. Una vez que caiga la noche, Anastasio podrá descolgarlo y llevárselo a uno de los cementerios para enterrarla.

Elena se puso en pie. Claudia estaba ansiosa por bajarse del taburete; los muslos y las pantorrillas le dolían por la tensión.

—Tú ocuparás el lugar de la desdichada Fortunata —dijo Elena sonriendo—. El chambelán de palacio, Bessus, está a mi servicio. Nunca recluta a nadie al servicio de mi hijo sin consultarme. Conozco ciertas cosas de Bessus que seguro que preferiría que yo no supiera. Así que, prepara tus cosas, ratoncita, y ve correteando hacia el Palacio del Palatino. Sea lo que fuere que encuentres, Anastasio debe saberlo —su mano salió disparada como una garra y agarró el brazo de Claudia—. Quiero encontrar al auténtico asesino. Quiero saber el porqué. Quiero que el bastardo que cometió la imprudencia de colgar a una de mis sirvientas, termine clavado de este mismo garfio.